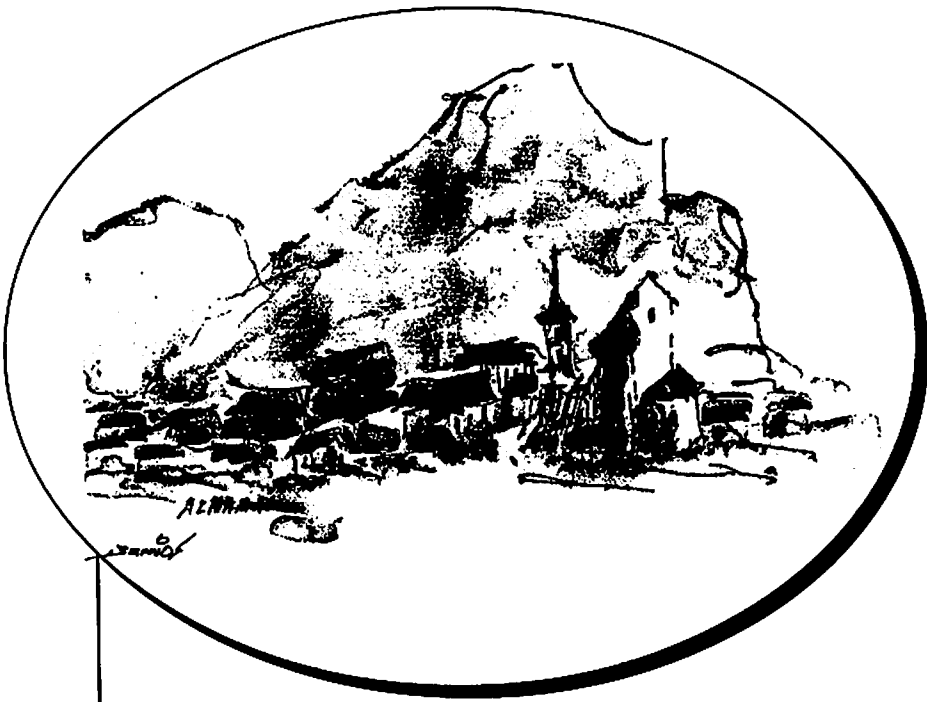




Eduardo Osorio



Howard Hughes en Toluca

Sí, SEÑOR licenciado: soy el historiador que usted busca. En efecto, fui quien descubrió los registros documentales sobre don Howard. Pero no puedo decir más de lo que ya sé... Puedo, si usted quiere, reinterpretar los viejos y polvosos manuscritos, las gacetas antiguas y hojas parroquiales, algún palimpsesto rescatado de cierta carnicería, referencias bibliográficas y textos apócrifos o inéditos... Puedo inferir pequeñas y grandes circunstancias a través de los cuadros de época y las primeras fotografías que se imprimieron en el pueblo; especular sobre controversias públicas y debates oficiales de aquel momento; averiguar batallas ocultas en el tiempo, genocidios de indios, dimes y diretes en torno a lo que usted pretende... También puedo revisar los legajos científicos de rancias academias, exhumar sus notas sobre experimentos clandestinos con cadáveres y releer los expedientes médicos arrumbados en sanatorios y casas de parturientas... Puedo reconstruir el historial completo de cualquier vida, que se restringe, en términos objetivos, a su registro de nacimiento y fe de bautismo, a sus matrimonios civiles (que nunca escatimó don Howard) y a su respectiva acta de defunción y solicitud de ingreso al cielo o al infierno... Puedo imaginar donde me falta un dato, pontificar donde no queda huella, indagar en la raíz genealógica de los Hughes y entrevistar a los herederos, aunque nada deben saber porque ya pasó más de un siglo... Si usted quiere, licenciado, puedo estudiar la correspondencia personal del gringo loco, el diario de su intimidad que ahora a nadie le importa, su libro de egresos que eran casi nulos y su libro de ingresos que fueron excepcionales... Pero nada sé de lo que usted busca y sólo me atrevería a revelar mis fuentes de información, si usted ofrece a cambio guardar mis secretos profesionales. La competencia es dura, usted sabe... ¿Hacemos el trato? Entonces, apunte: quien más le puede hablar sobre los años de don Howard en Toluca es el primer periodista que consignó el caso.

Eduardo Osorio. Coordinador del Centro Toluqueño de Escritores. Ha obtenido premios locales y nacionales en poesía, cuento, novela y ensayo. Autor de una decena de títulos. Los más recientes son *Bromas para mi padre* (tunAstral); *El patio de mi casa* (H. Ayuntamiento de Toluca) e *Historias Megalopolitanas* (UAEM/tunAstral).

cia de su país y un benefactor en el nuestro, que si había enloquecido por tener tanto dinero, que si era un nahual, chamán o vampiro y por eso se enclaustró

[illegible]

tinas mientras las familias convivían bebiendo café con anís; lo que gritaron los pelafustanes en pulquerías y tabernas cuando el secreto de don Howard llegó al populacho, lo que exageraron los curas para intimidar a beatas y píos, dado que nunca aceptaron la otra religión que traía el *míster*. Ahí están, un siglo después en las hemerotecas, los folios que llené de tinta y que se pudren con hongos portados en dedos sucios por bibliotecarios, historiadores y ociosos; polillas que contratan a cazadores de antiguas novedades, aquellos que pierden su presente durante el esfuerzo por convertir el pasado en libro de moda. Allí están los legajos orinados a merced de las bacterias bibliófagas que llegan puntuales a los libreros gracias a estudiantes despistados quienes, por azar o por curiosa entrega, abren las colecciones de gacetas centenarias. Ahí está, en las colecciones de periódicos abandonados entre los sótanos de casonas antiquísimas. Es todo lo que puede decirle este humilde servidor, testigo suyo, Su Eminencia.

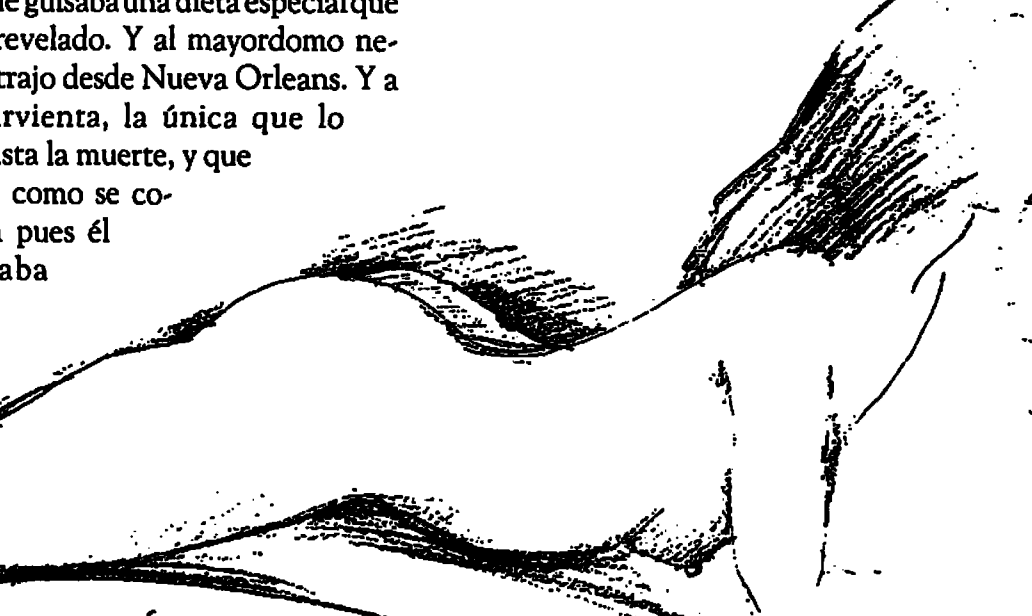
En efecto, Vucencia, soy la mujer que murmuró dentro y bajo los portales de la ciudad sobre todo aquello que otros veían y comentaban. Era excitante, le aseguro, cuanto sonaba alrededor de esa casona que un siglo después hicieron la Cámara de Diputados de la Ciudad de Toluca. ¡Qué triste final! Mire que llegar desde tan lejos nada más para morir con aquellos modos. ¡Pobre! Eran los tiempos en que saltábamos del cólera a la peste. Sin embargo, no puedo decirle cuanto usted desea porque una señorita no puede hablar de lo que no sabe ni andarse metiendo entre los dichos



de la gente vulgar. Además, nada me consta, ni siquiera que el *míster* Hughes, que era todo un caballero, fuera un don Juan indomable; que, las pocas veces que se le vio caminar por los portales, cargaba del brazo a una modelo de París, Londres o Nueva York, a una actriz de teatro o a una promesa de la televisión; siempre con una mujer distinta. Tampoco puedo informarle si es cierto que todos los gobernadores, alcaldes y sacerdotes le odiaban y temían porque necesitaban su caridad; porque él contribuía para sufragar las grandes obras del acueducto, porque él pagaba los trabajos de limpia y sanidad, porque su diezmo era el mayor de todos, porque él era ateo o tenía otro Dios, no sé; porque él violaba a las niñas indias que le caían como sirvientas y luego indemnizaba o mataba a los padres de la indita, según fuera la rebelión. Ignoro las razones de por qué durante los últimos

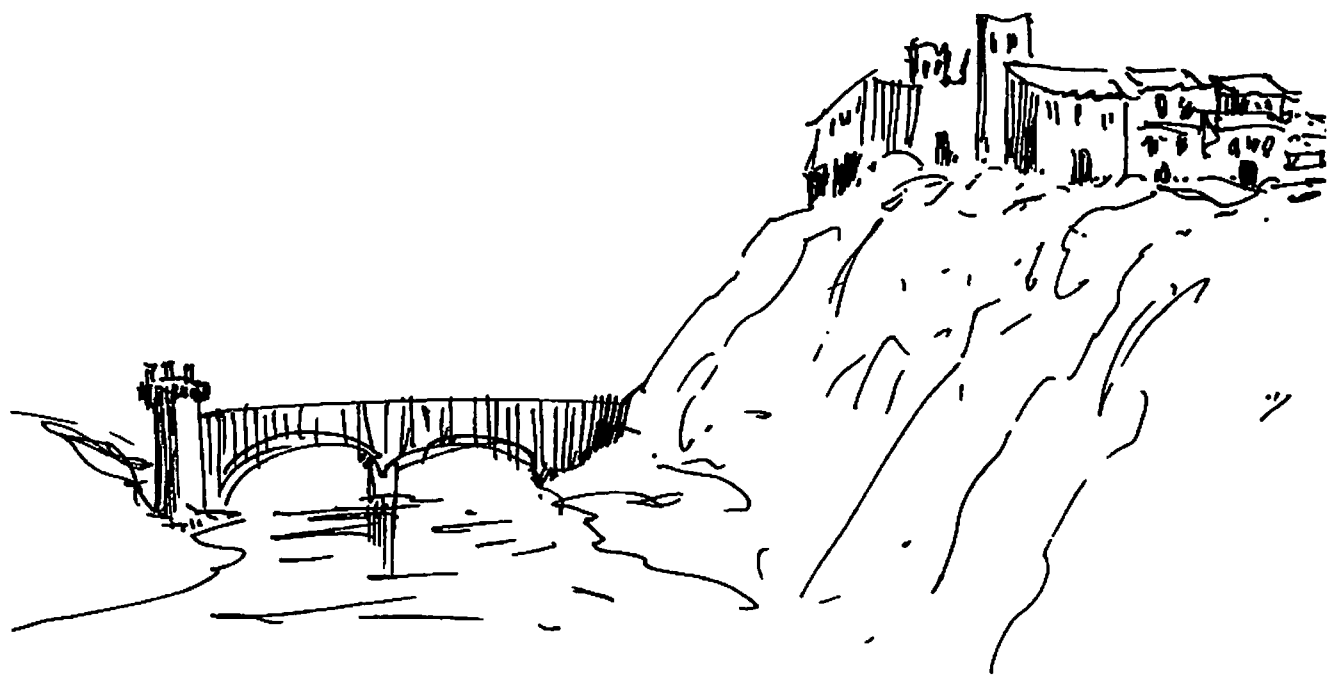
esperó en la cocina, los caballos siempre listos, a ser llamado por su patrón. Y a la cocinera que guisaba una dieta especial que nunca ha revelado. Y al mayordomo negro que se trajo desde Nueva Orleans. Y a su vieja sirvienta, la única que lo aguantó hasta la muerte, y que quién sabe como se comunicaban pues él sólo hablaba

vía se dejaba ver por la calle.



7-2010

Mi oficio es alarife, Su Excelencia. Y es verdad que me pagaron por construir un cuarto en la azotea de la Casa Hughes, pero estoy seguro que no era un dormitorio, sino una, ¿cómo le dicen?, buhardilla, para almacenar objetos viejos. Nunca conocí al *míster*, aunque, según se cuenta, eran los días en que todavía se dejaba ver por la calle.



Soy el aguador de la ciudad, señor. Pero nada sé porque está prohibido por Dios hablar de cosas de patrones. Eso dice el cura.

Soy el palafrenero, señor agente del ministerio público de la agencia Novena, con cabecera en la ciudad de Toluca. Recibí esta responsabilidad cuando el *míster* despidió al antiguo palafrenero porque un día no estuvieron a punto los caballos. En el carruaje sólo llevé una vez al *míster* a la hacienda de La Gavia, la última vez que salió de la Casa Hughes. Entiendo que no puedo ocultarle a usted la verdad porque de lo contrario podría ser condenado a cadena perpetua. Pero, debe creerme, no sé mucho. Aquella vez lo vi salir de su casa preocupado. Se tapó la boca para no hablar con nadie y cuando yo me santigué al saludarlo, él dio dos pasos hacia atrás, como si me temiera; sus ojos azules o verdes mezclaban un terror que parecía no dejarlo dormir y un deseo inmenso de llorar. Así me lo afiguré, creí, imaginé, sentí. Quizá fuera por las marcas de viruela en mi rostro o por una llaga en la frente, que no me había cerrado, recuerdo de un pleito de pulquería. Durante todo el tiempo que hicimos a la hacienda le escuché hablar sólo, entremezclando canciones en su idioma, que parecían cantos para niños, y en alguna ocasión creí escucharlo sollozar. Al llegar a la hacienda sucedió algo extraño. Por casi una hora no quiso apearse y creí que dormía;

pero, cuando quise abrir la portezuela me impidió con insultos que lo hiciera. Sólo hasta que vinieron por él los señores Pliego, después de mucho tiempo de rogarle, aceptó bajar. Pero bajó embozado y con mucha lentitud. No quiso dar la mano al amo de La Gavia y subió de nuevo al carruaje y me ordenó volver. Regresamos en la madrugada y otra vez no quiso bajar; murmuraba entre dientes y a veces reía a carcajadas. No quise molestarlo de nuevo pues amo a mi madre. Al poco rato el sueño me venció y comencé a dormitar. El canto de un perro o el ladrido de un gallo, no recuerdo, me despertó. El *míster* había dejado su carruaje y nunca más le vi. Pensé que también yo sería despedido, pero el negro de Alabama, su mayordomo, me envió instrucciones con una niña india de la casa para que permaneciera siempre atento a las órdenes del patrón. En cualquier momento, me dijeron, abandonarían la ciudad apestosa, como le llamaba a Toluca.

Sí, mi estimado jurisconsulto, fui la sirvienta de la casa y hablo mi idioma matlatzinka porque, antes del cólera, también fui curandera de los míos, sacerdotisa, maga, iluminada o lo que usted quiera. Me disfracé de varón para alcanzar el grado treintatrés de la masonería. Tengo la mano santa y las visiones; los siete dones

mundo al que manipulaba a su antojo, el que se recogió de tantos hombres y mujeres que sedujo, el que se distrajo de la realidad que ya le era ajena de tanto poder y dinero, el que murió sin que nadie



una casona que el tiempo, los hombres y la política convertirán en Cámara de Diputados de la Ciudad de Toluca, un anciano se retrajo, en aislamiento absoluto, sepultándose en vida, para no contaminarse de la muerte que le transmitiría cualquiera. En un cuarto de azotea que ya había sido construido para guardar trebejos, se encerró el resto de sus días, como consta en los libros de historia y en el ojo profundo de los chamanes. Sólo mantuvo contacto con el exterior a través de una canastilla de mimbre que él hacía bajar por medio de una cuerda y que luego subía con el avituallamiento respectivo: agua y comida, nunca jabón, ni ropa limpia, ni nada. Por años fue así, hasta que un día la canastilla no descendió más. Ahora, discúlpeme, señor jurisperito; pero los profetas nunca pregonamos el final de nuestra historia.

[illegible]

Claro, amigo. Soy el presidente de la Cámara de Diputados de la Ciudad y todo lo que usted dice es muy divertido. Sólo que no tengo tiempo de atenderlo pues, además de que el fuero me lo permite, afuera de este lugar hay un mitin de protesta por los tiempos que vivimos.

Además, ¿a quién le importa la historia de este lugar? ¿Qué tiene que ver con nuestra realidad la historia de un hombre que, temeroso de la peste, se encerró en lo más alto de su casa para no morir contagiado y morir, al final de cuentas, apestado? Sólo quiero aclararle una confusión: Howard Hughes aún no nacía entonces y el dueño de esta casa se apellidó Barbabosa, por si no sabía. Después de esto, perdóne que lo deje solo. Con permiso...

Lo felicito, licenciado, lo felicito: por fin ha dado conmi-
go... Pásele, siéntese allí, entre los libros o donde pueda... Sí,
soy el autor de tanto enredo. Creador de usted y de todos los
demás personajes, con excepción del señor Barbabosa y de
míster Hughes, que ellos se crearon solos para efectos de esta
narración. Déjeme referirle algo muy simple sobre ellos:
ambos eran seres muy poderosos y tuvieron en común la elec-
ción de su tragedia. Uno en Toluca, el otro en cualquier si-
tio. Ambos se aislaron de la humanidad ignorando el pro-
verbio danés sobre que nadie es tan rico que pueda pasarse
la vida sin un vecino. Murieron sin tocar a nadie para no
contagiarse de humanidad, como los míticos reyes dioses; se
enclaustraron entre sombras y sus cadáveres fueron descu-
biertos ya putrefactos. ¡Interesante, no? Si le sirve de algo,
lea: como escritor no me importa que cada uno naciera por
su riesgo, cuenta y siglo.

Soy David Howard Hughes, un hombre con mayor poder que todos los presidentes del mundo juntos y el mismo Dios depende de mi poderío para realizar su obra en este mundo. Filántropo y actor de cine. Amigo de intelectuales y dictadores. Vine de vacaciones a Toluca porque un sueño me reveló que el Xinantécatl, volcán mágico, mostraría en su Laguna del Sol mi rostro verdadero... Y cuando lo vi, decidí nunca más saber de los hombres, ni de su mundo, ni de su realidad, ni nada...

Por eso, señor licenciado, no puedo darle ni siquiera la hora, pues no sé ni en qué año vivo.Δ

